

Capítulo 1: En busca del Espíritu

*Antepasados, espíritus poderosos,
Que viven entre nosotros:
Sus tumbas son las montañas,
Sus cascadas son las nubes: las plantas son sus joyas.*
- Invocación de Sumatra

¿Te has preguntado usted alguna vez por qué el primer juguete de un niño es una sonaja? ¿Por qué nosotros, incluso desde niños, estamos fascinados por las conchas y rocas marinas? ¿Qué es lo que nos hipnotiza del fuego del campamento? ¿Qué tiene la flauta que nos encanta? ¿Qué tiene el golpe del tambor y la repetición continua del mantra que llama nuestra atención? ¿Qué nos conmueve por dentro? ¿Qué memorias primitivas nos despierta? ¿Hacia qué vínculos ancestrales somos atraídos? ¿Qué semillas latentes germinan cuando percibimos formas de animales en las nubes que flotan en las alturas?

Y cuando a los diez años acampamos en el jardín, o a la orilla del lago ¿estamos recordando tiempos más felices, más comunales, más sagrados? ¿Son esos momentos en nuestros modernos tipis, reminiscencias de sucesos de otros campamentos y de otros fuegos?

Bienvenido a este viaje a lo sagrado. Cierra tus ojos por un momento para comenzar el viaje. Permite que tu alma sea alimentada por la tradición de las Historias de la Medicina. Siente tu conexión con la Madre Tierra. Reclama el orgullo de tu papel tribal. Aprende que esa disposición a viajar es la llave para soltar las ataduras que encadenan el espíritu. Rompe los grilletes. Deja que tu espíritu remonte vuelo. Permite la sanación de tu alma.

El espíritu pertenece al Jefe del Clan del Viento. El espíritu se pasea sobre el viento y viene con él, tomando la forma de una nube, cuando es necesario enviar un mensaje a alguien sobre el Buen Camino Rojo de la vida física.

Recuerda las piedras sagradas. Recuerda su uso en las ceremonias sagradas y su propósito curativo. Recuerda los mensajes musitados. Comprende que, al igual que las conchas, sus parientes del mar, ellas gustosamente comparten su historia con los que conocen "el sagrado lenguaje de las piedras." (1) Recuerda el mantra, el canto, y el ritmo de la danza. Recuerda el golpe constante del tambor que nos guía en nuestro

VIAJE HACIA LO SAGRAD

viaje al mundo espiritual, donde recibiremos instrucciones para sanar. Su ritmo incansable será un recordatorio constante de los latidos del corazón de la Madre Tierra, y reforzará el vínculo profundo e infatigable entre la Tierra, nosotros mismos, y toda la creación.

Permite que resurjan las memorias. Deja que cada célula resuene en júbilo mientras se recarga al ritmo de los golpes del tambor, el llamado para reconectarse en Unidad con la energía del Gran Espíritu.

El alma recuerda. Anhela volver a experimentar la plenitud de la Unión Sagrada. Instintivamente sabemos que nuestros sentimientos de abatimiento resultan de nuestra separación de esta Unidad. Comprendemos que la búsqueda incesante para llenar ese desesperado vacío es porque no sabemos cómo reconectarnos con nuestra esencia espiritual. Hemos llegado a reconocer, “que el resplandor ambarino de la era del progreso no lanza suficiente luz sobre el camino a seguir.” (2) Sin embargo, desperdiciamos años involucrados en actividades que ahogan los sonidos y ciegan la vista, destruyendo así las señales puestas a lo largo de nuestro camino para orientar nuestro viaje interior.

Para muchos, el catalizador que crea la voluntad de responder al reclamo del alma, surge únicamente después de la consecuencia traumática de una crisis personal. El agudo dolor de una pérdida despierta frecuentemente la necesidad de reestructurar la visión que tenemos del mundo y de nuestro lugar dentro de él.

Durante esos momentos, estamos tan hundidos en las profundidades de la desesperación que apenas podemos andar a tientas. Ansiamos sentir el sol brillando sobre nuestras caras, y experimentar el calor de su resplandor, pero somos incapaces de imaginar cómo podría ocurrir nuevamente, ya que apenas podemos recordar esa sensación.

Sabemos que el viaje provoca inquietud por nuestro desarrollo y crecimiento espiritual. Inseguros de la trayectoria y temerosos del terreno, frecuentemente oscurecido por un velo de dogma religioso y envuelto en una máscara de tabú cultural, luchamos en nuestro intento de hacer el viaje.

VIAJE HACIA LO SAGRAD

Sin embargo, sólo debemos explorar las civilizaciones antiguas para comprender que se le han brindado a la humanidad muchas guías para orientar nuestro viaje, a lo largo de la historia. Explorar lugares antiguos y sagrados, como Machu Picchu y Stonehenge, puede recordarnos que han sido creados por quienes ya habían descubierto lo que Robert Frost llamó: “el secreto que habita en el centro y sabe.” (3) Con su sabiduría, estos ancestros han legado guías monumentales para los que llegarían después.

Uno de esos artefactos antiguos se aloja en un pequeño monasterio en Bangkok, Tailandia. Este recordatorio poderoso de nuestra propia capacidad para desenterrar lo sagrado de nuestro interior surgió a la luz en 1957, cuando se le pidió a un pequeño grupo de monjes que se mudara para construir una autopista que atravesaría su propiedad.

Su monasterio alojaba un gigantesco Buda de arcilla. En cuanto la grúa levantó la enorme estructura, la arcilla comenzó a agrietarse. Preocupado por el antiguo tesoro, el monje director ordenó el desalojo del equipo y la colocación de una lona para cubrir el Buda. Antes de retirarse a dormir, se aventuró en la noche lluviosa para verificar la condición del venerado tesoro. Para su asombro, un haz de luz se reflejaba desde el montículo de arcilla a la luz de su antorcha.

Debajo de 20 centímetros de arcilla, los monjes descubrieron un Buda ¡de oro sólido! La impresionante creación mide dos metros y medio de altura, pesa dos toneladas y media, y se dice que está valorada en más de 196 millones de dólares.

Los historiadores creen que, cuatro siglos antes, los guardianes del Buda Dorado lo cubrieron de arcilla en un esfuerzo por impedir que su tesoro fuera destruido por los invasores birmanos. Aparentemente, todos los monjes fueron asesinados, quedando así su secreto intacto hasta esa noche lluviosa de hace algunas décadas.

Mirando con sobrecogimiento el Buda Dorado uno no puede dejar de reflexionar sobre el simbolismo tan apropiadamente descrito por Jack Canfield. (4) Todos nosotros somos como ese Buda de arcilla, cubiertos por un cascarón creado por el miedo y el dolor.

VIAJE HACIA LO SAGRAD

Para algunos, la arcilla se ha ido formando aun antes del nacimiento. A medida que transitamos por la vida, nuestras capas se espesan y se endurecen, resguardándonos, según nosotros, de daños adicionales, pero en realidad separándonos y aislándonos de nuestros vínculos con los demás y con el mundo. Sin embargo, más profundamente enterrado debajo de tantas capas de arcilla endurecida está nuestro propio “Buda Dorado”, “Cristo Dorado”, “Esencia Dorada”, que es nuestro verdadero ser. (5) Tal como el monje con el martillo y el cincel, nuestra tarea es descubrir ahora, una vez más, nuestro resplandor interior.

En mis estudios de doctorado, y durante los años de investigación y práctica clínica que prosiguieron, yo ansiaba desesperadamente determinar qué constituye el bienestar espiritual. Aunque en parte satisfecha con las conclusiones generales, sólo cuando me maravillé con el simbolismo del Buda cubierto de arcilla, armé una definición de espiritualidad que se ajustaba a la visión del mundo formada a través del conocimiento de mi experiencia de vida. Por primera vez, fui capaz de definir la espiritualidad de una manera que correspondía a este conocimiento. El Buda Dorado simboliza lo que ahora puedo comprender más ampliamente.

A menudo se hace referencia a la espiritualidad como un viaje. Sabía que mi experiencia dolorosa me había forzado a volver sobre mis pasos muchas veces y a transitar por terrenos nuevos y desconocidos. Había sido un viaje largo y arduo –un viaje de búsqueda y de anhelo– que me había hundido en lo más profundo de mi alma. Yo conocía a Job. Compartía su clamor. “Grito ¡Injusticia! y nadie me escucha. Imploro ‘Auxilio’ y no hay reparación. Ha puesto en mi camino un muro infranqueable; ha llenado mis sendero de densa oscuridad; me ha despojado de mi gloria, ha dejado mi frente sin corona. Me destruye por todas partes y desaparezco; ha arrancado cual árbol mi esperanza.” (6) Mi dolor me recordaba constantemente que había perdido el control y había puesto mi fe y confianza en los lugares equivocados y en las cosas equivocadas. Jesús, aunque muy lejos la mayor parte del viaje, en su total solidaridad conmigo como un ser humano, no estaba ajeno a mi sufrimiento. En el fondo de la desesperación, aprendí igual que el poeta Jesuita Gerard Manley Hopkins, “En un destello, en un soplo, soy

VIAJE HACIA LO SAGRAD

instantáneamente lo que es Cristo, ya que él fue lo que yo soy.” (7) Y yo elijo añadir “y ‘es’ lo que soy.”

Imprevistamente, como Jonás, (8) fui expulsada de vuelta a la vida por el gran pez. Aunque, como Arthur Frank en *A Voluntad del Cuerpo*, (9) llegué “tres días tarde, cubierta de limo y oliendo a pescado.” Yendo cuesta arriba había encontrado la esperanza para vivir con integridad. Había aprendido la paz de la quietud solitaria. Esa es la cuarta parte de la lección. El segundo cuarto de la lección fue estar con otros. Aprendí a presenciar el sufrimiento en la vida y a tender la mano. Del Talmud, (10) —el libro Judío de la sabiduría, aprendí que en cada brizna de hierba hay un ángel inclinado, murmurándole “crece.” Finalmente, del libro sagrado chino, el Tao Te Ching, (11) aprendí:

A ver el mundo por mí misma.

A tener fe en como son las cosas.

A amar al mundo como a mí misma; porque sólo entonces podré sentir afecto por todas las cosas.

Mi viaje para encontrar consuelo me llevó a recorrer de nuevo los pasillos de la educación formal. Me hundí en las numerosas teorías de varias “ologías.” Las teorías de la psicología y sociología, antropología, gerontología, tanatología y enfermería me dieron un lenguaje para mi experiencia y me ayudaron inmensamente en la comprensión cognitiva de mi aflicción. Lamentablemente, y como sabe cualquiera que haya experimentado algún suceso traumático en su vida, hay respuestas tanto afectivas como cognitivas a la aflicción. Mi cabeza y el corazón se rehusaban a trabajar juntos, y para mi corazón quebrantado no encontré ningún alivio en la literatura. Experimenté una inmensa incertidumbre. Mientras mi cabeza se sentía confortable con una solución que había obtenido de una u otra teoría, mi corazón quebrantado gemía “¿y qué hay de...?”

Lo más inquietante fue darme cuenta que las “ologías” estaban desprovistas de cualquier solución a la furiosa tempestad dentro de mi alma. En general, las teorías eluden las verdaderas inquietudes del alma que siguen al trauma y resultan de la experiencia de pérdida.

VIAJE HACIA LO SAGRADO

Aunque reconozco el inmenso valor cognitivo y práctico de lo que recibí a través de la educación universitaria, el reconocimiento de que el contenido superficial no podía alimentar mi alma ansiosa me condujo ávidamente a investigar la raíz de cada concepto y noción conocida. Sin una plena conciencia, la investigación me sumergió en un proceso paralelo de búsqueda de respuestas en la literatura y prácticas de tiempos más antiguos. Me sorprendí, algunos años después, al descubrir que la gente se refería a estos antiguos inicios como creencias de la “Nueva Era.”

No hay nada nuevo en el pensamiento de la Nueva Era. Lo que se conoce como la Nueva Era está lejos de ser nuevo; es antiguo, es primitivo. Es el conocimiento de lo sagrado y de la relación entre lo sagrado y la sanación, que era parte de la experiencia de vida de todos antes de la Era del Cientifismo.

Terminé la universidad con cuatro títulos; ninguno en teología (que se describe normalmente como el estudio de Dios). En cambio, he construido una teología personal, a partir de la acumulación de una cuarta parte de aprendizaje formal mezclada con tres cuartas partes de experiencias vividas. Mi teología surge de una conversación con Dios en la cual analicé y discutí cada teoría, cada experiencia, cada palabra y noción teológica que alguna vez oí o creí. Ahora, como Job, después de tres días en el limo y el hedor, elijo seguir viendo la inmensidad del océano, del cielo y de la tierra. Elijo continuar para ver la cara cambiante de Dios. Ya no quiero seguir viendo al mundo a través de los ojos de las “ologías” de la era moderna. En su afán de ser científicas e investigables, cada una ha diseñado los parámetros que dictan a sus seguidores lo que es apropiado observar, medir y describir. Las observaciones que no se ajustan a criterios medibles son, por lo tanto, fácilmente rechazadas como irreales. Esto ha creado un sistema filtrador predeterminado que pone vendas sobre los ojos y tapa los oídos de sus seguidores. Poner parámetros a la obtención del conocimiento bloquea el propio proceso del saber. Conocer es expandirse. Conocer es crecer de manera evolutiva. Como un río que nunca cesa de fluir hasta que alcanza el océano, así es el proceso evolutivo en la propia vida, y en la vida colectiva, es un viaje interminable para conocer lo más importante – a Dios.

VIAJE HACIA LO SAGRAD

Durante mi período en el vientre de la ballena, destapé la Caja de Pandora de mi sistema de creencias. Los fantasmas y las brujas, las serpientes y los monstruos acumulados en su interior salieron a la superficie para liberarse. Me tomó doce años juntar los pedazos. Decidí no volver a tapar la caja. Era preferible dejar los temores y pavores fluir libremente en vez de esconderlos y sellarlos. Es más fácil confiar cuando uno puede ver directamente lo que viene y lo que pasa, que pensar que uno debe encubrir lo que no es bonito de ver, oír o creer.

Nuestras “ologías” de la era moderna nos han hecho “ocultar”, y el ocultamiento nos hace temerosos. Cuando tememos, debemos controlar. Debemos controlarnos a nosotros mismos, a otros y al mundo que nos rodea. Debemos asegurarnos de apartar y cubrir con una manta cualquier cosa que no esté dentro de lo “normal”, según lo determinan nuestros instrumentos de medición aceptables. Pero, con cada encubrimiento, aumenta nuestra necesidad de controlar porque tememos lo que puede escaparse si quitamos la tapa.

Ya no elijo el miedo. Decidí explorar, descubrir y conocer todos los caminos posibles que puedan conducirme a lo sagrado. Quiero ver la presencia de Dios en más y más formas, en más y más lugares y en más y más prácticas.

Mi estudio de la espiritualidad provino de una profunda necesidad personal de subsistir hasta el amanecer atravesando por la oscura noche de la angustia. Yo luché con Dios. ¡Ah, cuánto he luchado! Conozco el anhelo por recibir el sueño bendito, igual que Jacob. (12) Comparto contigo la lucha, y comparto contigo la bendición.

Mi desesperada necesidad orientó la atención de mi trabajo de doctorado y de graduación. La búsqueda por conocer la sanación me llevó más allá de la literatura. Me condujo a una mejor comprensión de prácticas desarrolladas en tiempos más antiguos, tal vez más sagrados. Mis sangrantes heridas fueron limpiadas y vendadas a la manera de los pueblos indígenas de Norte y Sudamérica, por los curanderos Kahuna de Hawái, por la energía Chi y Ki de China y Japón. Descubrí en estos métodos una percepción de lo sagrado frecuentemente ausente en los métodos de asistencia a la salud del mundo occidental. Medité en sitios

VIAJE HACIA LO SAGRAD

sagrados en Europa, Asia, Perú, Venezuela y México. Reflexioné sobre el orden natural y escuché lo sagrado de las historias personales que compartieron conmigo quienes viajaron a mi lado. Mi mente se llenó. Mis manos se hicieron diestras, mi alma estalló.

Las definiciones y descripciones del espíritu y del alma y de espiritualidad y religión que vienen a continuación, incorporan el conocimiento que obtuve mediante estas experiencias, a través de los trabajos de estudio, los libros que he leído, los lugares que he visitado, la gente que he conocido, y las habilidades que he aprendido. Esta información ha sido recogida del chamanismo y de las religiones orientales, lo cual ayudó a discernir la verdad escondida bajo los dogmas del Cristianismo, como también de varias fuentes desarrolladas para conectarse con la Guía Divina, incluyendo la Mitología y la Astrología. Asimismo, incluye conocimientos sobre los campos de energía y la sanación energética, y una creencia en la visión de Hildegarda de Bingen (13). En sus visiones, Bingen vio que la consciencia no está contenida dentro de nosotros, sino que nosotros residimos dentro de ella. Principalmente, mi definición de espiritualidad incluye un conocimiento del Fuego Sagrado interior.

Pienso que la espiritualidad puede definirse como un viaje trino para descubrir las tres erres de la vida: recordar, relacionar y reconectar.

El primer viaje es el del recuerdo. La espiritualidad es un viaje para recordar quienes somos realmente. Es un viaje de redescubrimiento, y para reclamar nuestra Esencia Resplandeciente, nuestra Verdadera Esencia, nuestra Esencia Divina. Es recordar que el Espíritu, la Energía Eterna que creó todas las cosas y también nos creó a nosotros, continúa fluyendo a través de nosotros, es parte de nosotros. Nuestro espíritu, nuestra energía de vida es parte de la Energía Creativa, la Fuerza Creativa. El Fuego de la Creación arde profundamente dentro de nosotros. Nuestro espíritu, nuestra energía de vida, es parte de la misma energía de vida que penetra todas las cosas vivientes, incluso el calcinante centro de la tierra. Nosotros somos parte de la Fuerza de Vida del Creador, y de todo lo que ha sido creado.

VIAJE HACIA LO SAGRAD

El símbolo del Buda Dorado nos recuerda que, como la arcilla usada para proteger nuestra verdadera esencia interior, nuestra pesada capa también esconde nuestro brillo, impidiendo a otros ver nuestro Fuego Creativo. Asimismo, nos impide detectar la luz de los que nos rodean, que irradia hacia nosotros. Afortunadamente, sólo se necesitan unas pequeñas grietas para que el brillo se encuentre con la antorcha de otro que pueda estar tratando desesperadamente de encontrar luz en la oscuridad.

La espiritualidad, entonces, es también un viaje para relacionar. Es un viaje profundo dentro de la arcilla, para descubrir ahí la Llama Eterna. El viaje interior viene a ser el catalizador para el viaje exterior. Una vez que se aviva la llama, la energía del resplandor siempre creciente penetra y erosiona la capa de arcilla. Nos convertimos en un faro. Detectamos el destello reflejado de la luminosidad de otros. En nuestro deseo de compartir las vibraciones de energía de nuestro creciente fuego, llegamos a rodearnos de aquellos capaces de resonar en sincronía con nosotros. Nuestras constantes vibraciones nos atraen hacia las constantes vibraciones del resplandor que nos rodea.

La espiritualidad, entonces, es también un viaje de reconexión. Es la creciente conciencia de la maravilla y la expansión del universo, una creciente atención sobre la “intensidad” del Fuego Sagrado en toda la creación. La espiritualidad es darnos cuenta de nuestro lugar dentro del universo y nuestra conexión con el esplendor, el poder, la Grandeza en Todo, saber y sentirnos privilegiados de formar parte de ese Todo.

La espiritualidad es un proceso. No es un producto final. La espiritualidad es una constante conciencia de la Presencia Sagrada dentro de nosotros, dentro de otros, dentro de todo lo que ha sido creado. Es el desarrollo de una relación de amor en constante aumento y profundización, un vínculo íntimo con la Energía Divina que está dentro de nosotros, y alrededor, y que conecta Todo.

La espiritualidad es un viaje que nos transporta más y más profundamente dentro de nuestro corazón y nuestra mente. Es un proceso infinito y circular de amor y consciencia en expansión. Con cada nueva lección, viene un aumento de la capacidad de amar. Con cada

VIAJE HACIA LO SAGRAD

expresión de amor viene un aumento de la capacidad de aprender y de comprender. La maestría de cada lección es el ímpetu para impulsarnos más profundamente en más posibilidades para amar y conocer el amor.

Pero, como la arcilla que recubre al Buda Dorado, nuestro manto de temor puede envolvernos en la oscuridad y bloquear nuestro proceso de conocimiento. Como topos, podemos elegir confiar en la oscuridad de nuestro encierro, y permanecer ciegos al resplandor que nos rodea. Podemos continuar ocultándonos en la oscuridad de nuestro molde de arcilla, imaginando estrategias para convencer a nuestra alma que el viaje hacia la luz no es para nosotros. Razonamos: “He estudiado; he aprendido; he pasado los exámenes; tengo la respuestas. La experiencia no se ajusta a mi modelo, a mi imagen.”

Tenemos libre albedrío. La decisión es siempre nuestra.

Pero, si no estamos preparados para destrozarnos los ídolos que hemos creado, nos arriesgamos a retrasar el crecimiento del alma. El crecimiento del alma exige la creación de nuevas imágenes que puedan sostener la aceptación de nuevos conocimientos en el transcurso del viaje.